

La biblioteca y la plaza pública

IRAD NIETO

Michèle Petit, antropóloga y novelista francesa, cree en las propiedades democráticas de la lectura (*Del espacio íntimo al espacio público*, 2001). Aunque desde el inicio nos ofrece la vacuna en forma de advertencia: “no podemos conjugar lectura y democratización imaginando por ejemplo que la difusión de obras de alto nivel cultural, filosóficas o literarias, tendría un efecto profiláctico contra el totalitarismo o que bastaría para infundir una personalidad democrática”. Difundir obras literarias fundamentales es importante. Fomentar la lectura en países sin lectores: inaplazable; siempre y cuando no confiemos a la lectura la función que no tiene. Los demasiados libros no pueden acabar con la violencia; es necesaria la participación activa de la sociedad y del gobierno. La lectura no hace menos pobres a los pobres; se requiere una política económica justa. La lectura no mejora a quien cree arrastrarse a ras del cielo (jamás del suelo); el soberbio. Tampoco es la lectura un viaje segu-

ro para abandonar la provincia del desempleo... y mucho más no es la lectura.

¿Qué es entonces la lectura? Una oportunidad. Una valiosa ocasión para esbozar nuestro propio camino. ¿Puede servir a la democracia? Depende, hay de lecturas a lecturas. Según Petit, aquellas que se realizan de día o de noche. Las lecturas que se practican a la luz del día son producto de la revisión y de la aprobación por la doxa escolar. Llevan puesta la etiqueta de la utilidad, ese código de barras universal en tiempos de libre comercio. Son lecturas impuestas y debidamente ordenadas, no para disfrutarlas a profundidad (el goce es el primer expulsado del paraíso utilitario), sino para entretener a la memoria con una linda cascada de datos. También para incrementar las frías barras de la estadística educacional. Así lo han entendido sus destinatarios, y han asumido el rol. Ya no leen, (h)ojean; y con ello, se justifican, acreditan.

Pero caída la noche irrumpe un lector distinto, transgresor, que en medio de números, calificaciones e impo-

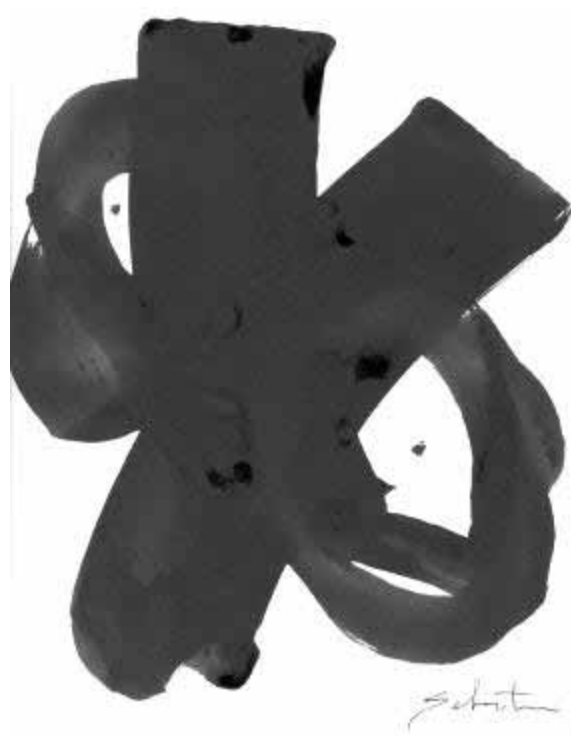
siciones, abre un espacio: el espacio íntimo, donde está solo consigo mismo, protegido por la complicidad de la noche. Donde no hay reflectores que examinan su conducta constantemente. Allí desempolva, sin ser visto, los otros libros. Esos que están prohibidos por el Index institucional por ser placenteros, desordenados y divertidos; esos que te distraen, te mantienen como ensimismado, alejado; esos que provocan carcajadas que cuestionan la seriedad del poder, sea este escolar, religioso o político. Me refiero a las novelas, los relatos de viajes, esbozos, biografías y ensayos, ¡Sí, los secundarios y denigrados ensayos!

El lector nocturno sabe que viola las reglas. No habrá tarea ni examen para la mañana siguiente; no obstante, lee compulsivamente, anota, regresa, vuelve a anotar, se ha apoderado del texto. Algo ha encontrado en él que no puede abandonarlo. Lo ha descubierto. Se ha mirado. Es aquí cuando el espacio íntimo se dibuja, y nace la posibilidad de articular el propio discurso. Dice Michele Petit que la mayoría de jóvenes lectores (nocturnos) que ha entrevistado afirman que la lectura los enseña a dar nombre a las cosas. Trazan su destino gracias a la palabra que les ofrece la lectura: un lector, una voz. Pero ese espacio íntimo, reconocen, en ocasiones los aísla, los destierra del programa que otros tenían diseñado para ellos.

Puede pensarse que la voluntaria y salvaje soledad que disfruta el lector nocturno mina los vínculos democráticos, pero, paradójicamente, los fortalece. “La lectura, sostenía Juan García Ponce, nos conduce siempre al espacio de los libros”. Casa común de la palabra y de la imaginación; sede privada cuyo arsenal de argumentos nos da la posibilidad de armarnos para la comunicación pública. Es así como se fortalece la democracia, con el debate. El ruido, lo sabemos, es inherente a la democracia, como esenciales a ella son los ciudadanos que discuten en la plaza pública. Sartori advirtió que no se debe mezclar la biblioteca con la plaza pública; lo que no

advirtió es que muchas veces la primera conduce a la segunda. ¿Cuándo? Cuando en el espacio íntimo de la lectura toma uno la voz y la posición; cuando se tiene conciencia de la propia individualidad; cuando se sabe uno capaz de emitir un juicio porque la lectura le ha devuelto el derecho de expresarse, de opinar, de levantar la voz justo en el momento en que la masa uniformada grita al unísono.

Una democracia con hombres sin discurso, es una democracia enmudecida, empobrecida. El lenguaje es el nuevo mediador de los conflictos. Su ejercicio, es una condición democrática. La lectura nos hace participar, al menos con la palabra (que ya es bastante), y la participación nos obliga a regresar siempre con los libros. La lectura juega un papel crucial en nuestra ciudadanía, nos hace concientes de nuestro compromiso cívico. Por ello, nadie debe escandalizarse cuando los jóvenes se aparten a leer un libro en la intimidad; si hablan a solas, significa, únicamente, que se están preparando para ser ciudadanos más democráticos. Favor de tocar antes de entrar.



Sebastián